DIDEROT

EL AMOR LIBRE

TRES PESETAS

IDP-4475
Cd.B.1112530
ARQUIVO CHA
Tfm.661856

DIDEROT

EL AMOR LIBRE

Talleres Socializados del S. U. I. G. - C. N. T.
MADRID
1 9 3 8

Las anteriores ediciones de este folleto han sido hechas por La Poligráfica, de Montevideo.

PROLOGO DEL TRADUCTOR

El mundo marcha; el que se atreva a detenerle será aplastado, y el mundo continuará marchando.

JAIME BALMES.

«Nihil novum sub sole», nada de nuevo hay bajo el sol, dice el adagio latino, y eso mismo se nos ocurre al ver que hay tantas personas timoratas que tiemblan ante la idea, para ellos nueva, del amor libre, proclamada por los hombres que forman en la vaguardia del progreso.

Sin embargo, ni la idea tiene por qué aterrar por lo exagerada, ni es nueva, pues como verá el que lea este pequeño opúsculo, ya en el siglo XVIII Diderot la sostuvo como una de las condiciones necesarias a la perfectibilidad humana.

Claro es que el amor libre no puede practicarse en una sociedad decrépita y corrompida como la nuestra; se necesitan para ello nuevos moldes en que vaciar los nuevos ideales, y como no se veri-

fica el progreso aisladamente para una sola idea o una sola profesión, sino que es colectivo y afectando a todos los ramos del saber, el día que el amor libre sea un hecho, lo será también la desaparición de una porción de cosas que hoy existen, y que deben concluir para bien de la Humanidad.

El divorcio absoluto que tanto preocupa en estos momentos a la sociedad humana, no es en sí sino el principio del amor libre, al cual caminamos con la rapidez propia de los nuevos medios de locomoción de que disponemos, es decir, a paso de electricidad, si se me permite la frase.

Ahora bien; la obra de Diderot, que hoy damos al público, no es un estudio sociológico acabado y profundo como el publicado por Carlos Albert. cuya edición española recomendamos a los lectores, sino más bien un canto a la maternidad, algo parecido, aunque no igual, a ese otro que con el nombre de «Fecundidad» ha escrito el gran novelista Emilio Zola, con la diferencia que éste canta a la maternidad francesa por miedo a que Francia degenere, y Diderot canta a la maternidad universal.

Literariamente hablando, no pertenece a ninguno de los géneros en que hoy se divide el arte de hacer novelas, pues si en unos pasajes puede tomarse la obra como realista por el lenguaje libre que emplea el autor, en otros resulta hasta romántica inclusive, aunque siempre abundando en bellezas.

Para formar un juicio cabal de este libro, es necesario no olvidar la época en que fué escrito.

Diderot, como D'Alembert, Raynal, Buffon, Condorcet, Saint-Pierre, La Herpe, Helvecio, y tantos otros, fué un discípulo de Voltaire, y formó entre el estado mayor de los enciclopedistas que, estudiándolo todo, dieron al mundo la filosofía moderna que echó por tierra las rancias preocupaciones de las sociedades caducas y que nos abrió la senda de la libertad y progreso sin fin, por la cual vamos marchando.

Al impulso de la inteligencia y de la filosofía dado en París respondió con entusiasmo el resto de Europa y, principalmente, América.

España comenzaba a ilustrarse bajo el Gobierno del conde de Aranda, expulsando a los jesuítas y apagando las hogueras de la Inquisición.

En Inglaterra era libre el pensamiento hacía mucho tiempo y había producido robustas y admirables costumbres. La religión dominante era una institución política y el Gobierno popular: solamente que el pueblo lo formaban los primeros ciudadanos.

En Alemania el pensamiento libre parecía una conspiración general por las formas misteriosas de que se revestía. La filosofía cubierta de símbolos se enseñaba en las glorias donde no eran admitidos los profanos, sirviendo el misterio de poderoso incendio a las ideas nuevas.

En Italia y Roma el catolicismo ascético de la Edad Media se iba iluminando con los reflejos

de la época, que después le habían de ser tan fatales. El papa Benedicto XIV recibía de Voltaire la dedicatoria del «Mahoma», y Roma predicaba en sus bulas la tolerancia con los disidentes y la obediencia a los príncipes, al paso que el Papa desaprobaba y reformaba la Compañía de Jesús.

Después, secundando cada vez más el espíritu del siglo, Clemente XIV (Canganelli) disolvía a los jesuítas, les confiscaba los bienes y encerraba al general de la Orden, un tal Ricci, en el castillo de Santo-Angelo, verdadera Bastilla del papado. Clemente XIV, severo con los fanáticos, encantaba al mundo cristiano con su dulzura evangélica y el gracejo de sus palabras, mas ¡ay! que los chistes en materia de religión son la primera profanación de los dogmas, y los extranjeros que en el Vaticano se dejaban su oro y su ciencia volvían escépticos, y la indiferencia, destruyendo las creencias, empezó a minar las instituciones religiosas.

En Nápoles el fanatismo quedaba para el populacho. En Florencia un príncipe filósofo formaba una colonia experimental de las doctrinas económicas, y el poeta Alfieri hacía representar sus tragedias revolucionarias que llevaban a todos los teatros de Italia sus ideas contra la tiranía de papas y reyes.

Milán, sujeta al dominio de Austria, era una república de poetas y filósofos, y sólo Turín, bajo el yugo de la casa de Saboya, tenida hoy por tan liberal, cuando ha sido fanática y reaccionaria como lo prueban las persecuciones a los valdenses,

persecuciones tan horripilantes e inhumanas que sólo tienen igual en los anales de la Inquisición, sólo Turín, repetimos, guardaba silencio, y proscribía al poeta Alfieri.

La independencia de Norteamérica del poder de Inglaterra con la ayuda que le prestaron España y Francia, tenía revueltos los cerebros, y Holanda, desde la época de Descartes, se había convertido en asilo de todas las ideas nuevas.

Allí Voltaire, Rousseau y hasta el mismo Mirabeau habían ido a publicar sus escritos más atrevidos, y allí fué donde Diderot dió al mundo los conceptos que encontrará el lector más adelante.

Bosquejaba muy a la ligera la situación de los principales estados de entonces; fácil será poder formarse un juicio aproximado del medio ambiente que influyó en los escritos de Diderot y su obra «El amor libre».

Un detalle observará el lector, y es que los personajes salvajes de la obra hablan y discurren como hombres civilizados; pero eso se debe a que esta obra no es una fotografía tomada de la vida real, sino un libro de propaganda en el cual el autor tiene que usar el lenguaje de sus contemporáneos para ser mejor comprendido.

Para terminar, sólo nos falta decir dos palabras acerca del «Areópago», palabra que chocará a todos por ser poco usada en castellano.

Existe en el Brasil, país que se preocupa por las luchas del pensamiento mucho más que la Argentina, un distinguido ingeniero irlandés llamado

Magnus Sondahl, al cual, pareciéndole atrasado el positivismo de Augusto Compte, ha formado una nueva escuela llamada Sociocrática Ortológica que, en definitiva, viene a ser una especie de anarquismo científico, anarquismo pacífico, al extremo de suprimir las carnes para la alimentación humana por no destruir la vida, y que hoy por hoy no pasa de ser una utopía por ser completamente irrealizable.

Pero como todas las ideas por ilusorias que parezcan encuentran adeptos tanto más si el fondo de ellas es un amor sin límites a la Humanidad, como ocurre en este caso, Magnus Sondahl ha logrado unir en su Areópago o Liceo varios amigos y discípulos que propagan con fe las doctrinas del maestro.

Algunos de ellos llegados a Buenos Aires eran los que costeaban una serie de folletos para dar a conocer la escuela sociocrática, que poco a poco se va propagando, no sólo en América, sino en Europa y Asia.

En cuanto a mí, desconocedor de esas nuevas ideas, ni las admito ni las rechazo, prometiéndome, sin embargo, hacer un estudio de ellas para poder juzgarlas, tan pronto como tenga ocasión.

Por lo que toca al amor libre sólo digo lo que el célebre filósofo católico, apostólico y romano Jaime Balmes: «El mundo marcha, el que se atreva a detenerle será aplastado, y el mundo continuará marchando».

Valentín MARQUETA

Buenos Aires.

I

JUICIO DEL VIAJE DE BOUNGAINVILLE

A.—Este soberbio cielo bajo el cual regresamos ayer y que parecía garantizarnos un hermoso día, parece no querer cumplir su promesa.

B.—¿Cómo podéis saberlo?

A.—La cerrazón está tan espesa que nos quita la vista de los árboles vecinos.

B.—Es verdad; mas si esta cerrazón que no se halla en la parte inferior de la atmósfera sino porque está suficientemente cargada de humedad caye ra sobre la tierra.

A.—Eso al contrario, pues elevándose ganaría la región superior donde el aire es menos denso y puede, como dicen los químicos, no estar saturado.

B.—Es preciso esperar.

A.—¿Y qué pensáis hacer entre tanto?

B.—Voy a leer.

A.—Siempre el «Viaje de Boungainville».

B.—Siempre.

A.—No entiendo a ese hombre. El estudio de

las matemáticas que supone una vida sedentaria ocupó el tiempo de su juventud, y he ahí que pasa súbitamente de una condición meditativa a la vida activa, penosa, errante y disipada del viajero.

B.—En modo alguno, si un navío no es más que una casa flotante, y si consideráis al navegante que atraviesa espacios inmensos encerrado e inmóvil en un recinto relativamente estrecho viéndolo dar la vuelta del globo sobre una tabla, como vos y yo dando vuelta al universo sobre nuestro piso.

A.—Otro hecho aparente es la contradicción del carácter de este hombre y de su empresa.

Bougainville es amigo de las diversiones de la sociedad; amigo de las mujeres, de los espectáculos y de los manjares delicados; entrégase al bullicio del mundo de tan buen grado como a las inconstancias del elemento sobre el cual fuera navegando.

Es amable y alegre; un verdadero francés cargado de un lado de cálculo diferencial e integral y de otro con un viaje alrededor del globo.

B.—El hace como todo el mundo: calavera después de ser aplicado, y aplícase después de haber sido disipado.

A.—¿Qué pensáis de su «Viaje»?

B.—Tanto como puedo juzgar por una lectura bastante superficial; atribuyo sus ventajas a tres puntos principales: un conocimiento mejor de nuestro viejo mundo y sus habitantes; más seguridad en los mares que él recorrió con la sonda en la mano y mayor perfección en nuestras cartas geográficas.

Boungainville partió con las luces necesarias y cualidades propias para ese fin: filosofía, coraje, veracidad, fácil vista que comprende las cosas y abrevia el tiempo de las observaciones; circunspección, paciencia, deseo de ver y de instruirse en la ciencia del cálculo, de la mecánica, de la geometría, de la astronomía y de la historia natural.

A.—¿Y su estilo?

B.—Sin afectación, él toma la cosa simple y clara, sobre todo cuando se trata del lenguaje de los marineros.

A.—¿Fué larga su excursión?

B.—Tracéla sobre este globo. ¿Reparáis en esta línea de puntos rojos?

A.—¿La que parte de Nantes?

B.—Y corre hasta el estrecho de Magallanes, entra en el mar Pacífico, serpentea entre las islas que forman el inmenso archipiélago que se extiende en las Filipinas y la Nueva Holanda, toca Madagascar, el cabo Buena Esperanza, prolóngase por el Atlántico, sigue las costas de Africa y torna a juntarse con la otra extremidad en el punto donde el navegante partió embarcado.

A.—¿Sufrió mucho?

B.—Todo navegante se expone y consiente en exponerse a los peligros del aire, del fuego, de la tierra y del agua; a más que después de errar meses enteros entre el mar y el cielo, entre la muerte y la vida, después de haber sido batido por las tempestades, amenazado de perecer en naufragios, por enfermedad, por carestía de agua y de pan, que

en ese estado venga un infeliz con su embarcación rota, caído, expirante de fatiga y de miseria a los pies de un monstruo de bronce que le recusa o que le haga esperar inútilmente los socorros más urgentes, es una dureza...

A.—Un crimen digno de castigo.

B.—Una de esas calamidades con la cual el viajero no contaba.

A.—Y que no debería imaginar.

Yo pediría que las potencias europeas no mandasen para gobernar en sus posesiones de ultramar, sino hombres honestos, hombres bien preparados, súbditos animados de humanidad y capaces de compadecerse...

B.—Y eso precisamente es lo que no les preocupa.

* * *

A.—¿Hay cosas singulares en ese «Viaje de Boungainville?

B.—Muchas.

A.—¿No asegura que los animales salvajes se aproximan al hombre, y que los pájaros vienen a posarse sobre éste cuando ignoran el peligro de esa familiaridad?

B.—Ya otros lo habían dicho antes que él.

A.—¿Cómo explica la existencia de ciertos animales en islas separadas de cualquier continente por distancias aterradoras de mar? ¿Cómo habrán sido llevados el lobo, la raposa, el perro, el venado y la serpiente?

B.—El nada explica; límitase a consignar el hecho.

A.—¿Y cómo explicáis vos eso?

B.—¡Quién sabe la historia primitiva de nuestro globo! ¿Cuántos pedazos de tierra ahora aislados estaban unidos antiguamente? El único fenómeno sobre el cual se podría forjar alguna conjetura es la dirección de las aguas que los separan.

A.—¿Cómo así?

B.—Por la forma general de las dilataciones de las tierras. Algún día podremos divertirnos con esa pesquisa si tal os conviene. Por ahora, ¿véis esa isla que se llama de «Los Lanceros»? Por la inspección del lugar que ello ocupa sobre el globo no hay nadie que no se pregunte a sí mismo: ¿Quién fué el que colocó ahí seres humanos? ¿Qué comunicación ligábalos otrora con el resto de su especie? ¿Qué será de ellos multiplicándose sobre un espacio que no tiene más de una legua de diámetro?

A.—Se exterminarán y se comerán mutuamente; y de ahí, quién sabe, una primera época muy antigua y muy natural de antropofobia de origen insular.

B.—O acaso la multiplicación esté limitada por alguna ley supersticiosa; tal vez la criatura deformada en el seno materno sea destrozada por alguna sacerdotisa.

A.—O todavía el hombre expire bajo el cuchillo de su padre, o tal vez se recurra a la castración del macho...

B.—Tal vez la infibulación de las mujeres, y

de ahí tantos usos de una cruza necesaria y bizarra, cuya causa se perdió en la noche de los tiempos, y pone hoy a los filósofos en tortura. Una observación constante es que las instituciones naturales y divinas se fortifican y eternizan transformándose en el correr del tiempo en leyes civiles y nacionales, y que las instituciones civiles y nacionales se consagran y degeneran en preceptos sobrenaturales y divinos.

A.—Es una de las palingenesias más fuertes.

B.—Un hilo que se une al lazo con que nos aprientan.

A.—¿No se hallaba él en el Paraguay en el momento mismo de la expulsión de los jesuítas?

B.—Sí.

A.—¿Qué dice de eso?

B.—Menos de lo que podría decir, pero lo suficiente para informarse de los que esos crueles sparciatas de sotana negra practicaban con sus esclavos indios como los lacedemonios con los ilotas.

Teníanlos condenados a un trabajo asiduo, saciábanse del sudor de esos infelices, no les concedían ningún derecho de propiedad, conservándoles bajo el embrutecimiento de la superstición, exigiendo de ellos una veneración profunda, caminaban entre ellos con el látigo en la mano y castigábanlos en cualquier edad o sexo.

Transcurre más de un siglo, y su expulsión se hacía imposible y hasta fué motivo de una larga guerra entre esos frailes y el rey cuya autoridad habían conseguido abolir poco a poco.

A.—¿Y esos patagones de que el doctor Maty y el académico La Condamine hicieron tanto ruido?

B.—Son buena gente que viene a nuestro encuentro abrazándonos y gritando: «¡Chaoná!» Son fuertes, vigorosos, no excediendo generalmente de cinco pies y cinco o seis pulgadas de estatura, no teniendo de enorme sino su corpulencia, el tamaño excesivo de la cabeza y robustez de sus miembros.

Nacidos con el gusto de lo maravilloso que exagera todo en torno de ellos, ¿cómo establecería el hombre una justa proporción de los objetos, cuando, por decir así, él tiene que justificar el camino que hace y las molestias que sufrió para irlos a ver tan lejos?

A.—¿Y qué piensa él de los salvajes?

B.—Es, a lo que parece, en la defensa diaria contra las fieras, que éstos adquieren el carácter cruel que alguna vez se les nota.

Son inocentes y afectuosos cuando nada turba su reposo y seguridad. Toda guerra nace de una pretensión común a una misma propiedad. Un hombre civilizado tiene una pretensión común con otro hombre civilizado a la posesión de un campo del cual cada uno ocupa un extremo y ese campo tórnase motivo de discordia entre ellos.

A.—Y el tigre tiene una pretensión común con el hombre salvaje a la posesión de un bosque, y es la primera de las pretensiones y la causa de la más antigua de las guerras.

¿Visteis vos el otaitiano que Boungainville trajo a bordo para este país?

B.—Lo vi; llamábase Aontunru.

La primera tierra que percibió tomóla por la patria de los navegantes; ya que así lo creyera por la prolongación del viaje, ya engañado, naturalmente, por la pequeña distancia aparente de las costas del mar que habitaba hasta el límite donde se comprenden el cielo y el horizonte ignorando la verdadera amplitud de la tierra.

El uso común de las mujeres hallábase tan arraigado en su espíritu, que se arrojó sobre la primera europea que vió y se dispuso a hacer con ella lo mismo que en Otaití.

Aburríase entre nosotros. No teniendo el alfabeto otaitiano ni b, ni c, ni d, ni f, ni g, ni q, ni x, ni y, ni z, no pudo jamás aprender a hablar nuestra lengua, que ofrecía a sus órganos inflexibles un exceso de articulaciones extrañas y de sonidos nuevos.

No cesaba de suspirar por su patria y no me admiro de eso.

El «Viaje de Boungainville» es lo único que me hizo desear otro país más que el mío, pues antes de leerlo siempre pensé que en parte alguna se estaba tan bien como en mi tierra, resultando que comprobaba él mismo para cada habitante del globo; efecto natural de los atractivos del suelo, atractivos que se unen a las comodidades de que se goza

y que se tiene la creencia de no encontrar en otra parte.

A.—Pues que, ¿no supone al habitante de París tan convencido de que crecen las espigas en los campos de Roma como en La Beauce?

B.—Palabra que no. Boungainville mandó a Aontunru pagando todos los gastos del regreso.

A.—¡Oh, Aontunru... qué contento estarás habiendo vuelto a ver a tu padre, tu madre, tus hermanos y hermanas, tus amantes y tus compatriotas! ¿Y qué les dirá de nosotros?

B.—Bien poco, y que ellos no lo creerán.

A.—¿Por qué bien poco?

B.—Porque conoció poco entre nosotros, y porque no encontrará en su lengua ningún término correspondiente a las pocas ideas que consiguió formar.

A.—¿Y por qué no le creerán lo que diga de nosotros?

B.—Porque comparando sus costumbres con las nuestras, preferirán tomar a Aontunru por un mentiroso que no creernos tan locos.

A.—¿Será posible?

B.—Sin duda; ya que la vida salvaje es tan sencilla, al paso que nuestras sociedades son máquinas complicadísimas. El otaitiano toca en el origen del mundo y el europeo en la vejez.

El intervalo que los separa de nosotros es mayor que la distancia que hay del niño al hombre decrépito. El no entiende nada de nuestros usos, de nuestras leyes; no ve en todas nuestras insti-

tuciones sino obstáculos disfrazados de mil formas diferentes, trabas que no pueden por menos que excitar la indignación y el desprecio en un ser en quien el sentimiento de la libertad es el más grande de todos.

A.—¿Por ventura vais a caer en esa fábula de Otaití?

B.—No es absolutamente una fábula, y no tendríais la menor duda sobre la sinceridad de Boungainville, si supiérais el «Suplemento» de su «Viaje».

A.—¿Y dónde se encuentra ese «Suplemento»?

B.—Allí, sobre la mesa.

A.—¿No me lo prestáis?

B.—No; pero podemos, si queréis, hojearlo juntos.

A.—Sí que quiero. Ved la cerrazón que desaparece y el azul del cielo que empieza a transparentarse. Parece que mi suerte sea estar equivocado con vos hasta en los menores detalles. Es preciso que yo sea muy bueno para perdonaros esa superioridad sobre mí.

B.—Tomad, tomad y leer; pasad ese preámbulo que nada significa e id derecho a las despedidas que hizo uno de los jefes de la isla a nuestros viajeros. Eso os dará una noción de la elocuencia de aquella gente.

A.—¿Cómo pudo Boungainville comprender esos adioses pronunciados en una lengua que él ignoraba?

B.—Ya lo sabréis.

¡Atención! Es el viejo quien habla.

II

LAS DESPEDIDAS DEL VIEJO

«Era él de una familia numerosa. A la llegada de los europeos los miró con desdén, sin mostrar admiración, ni miedo, ni curiosidad.

Ellos se dirigían a él; él, sin embargo, volvióles las espaldas y retiróse tranquilamente para su cabaña. Su silencio y su tristeza denunciaban, con todo, su pensamiento oculto; él gemía consigo mismo lamentando los bellos días eclipsados de su amado país.

A la partida de Boungainville, cuando los habitantes agolpábanse en masa sobre la playa, cogiéndose a sus ropas, estrechando a sus camaradas entre sus brazos y llorando, el viejo adelantóse con aire severo y le dijo.

Llorad, infelices otaitianos, llorad; pero que sea por la llegada y no por la partida de esos hombres ambiciosos y perversos; un día habréis de conocerlos mejor; un día ellos volverán con el pedazo de palo que veis preso a la cintura de éste,

en una mano, y el hierro que pende al lado de aquél en la otra, os encadenarán, os estrangularán, os sujetarán a sus extravagancias y sus vicios; un día serviréis bajo su órdenes tan corrompidas y seréis tan desgraciados como ellos.

Mas yo me consuelo: toco ya al fin de mi carrera y las calamidades que os anuncio no las veré.

¡Oh, otaitianos, mis amigos!, tenéis un medio de escapar a tan funesto porvenir, mas yo preferiría morir antes que aconsejaros tal recurso. Que ellos se vayan y que vivan.

Después, dirigiéndose a Boungainville, dijo:

—Y tú, jefe de los bandidos que te obedecen, retira prontamente tu navío de nuestra playa; nosotros somos inocentes, nosotros somos felices y tú no puedes sino perjudicar nuestra dicha. Nosotros seguimos el puro instinto de la naturaleza y tú intentaste apagar en nuestras almas ese carácter. Aquí «todo es de todos», y tú nos enseñaste no sé qué distinción de lo «tuyo» y de lo «mío».

Nuestras hijas y nuestras mujeres nos son comúnes, tú participastes de esa regalía, y tú viniste a encender en ellas furores desconocidos.

Ellas volviéronse locas en tu brazos, tú te volviste feroz en los brazos de ellas. Ellas comienzan a odiarse; vosotros nos estrangulasteis por causa de ellas y ellas regresaron a nuestros lares tintas de vuestra sangre.

Nosotros somos libres y echasteis en nuestra tierra el título de nuestra futura esclavitud.

Tú no eres ni un dios ni un demonio, ¿quién

eres, pues, para hacer a los demás esclavos? Orú, tú que entiendes el lenguaje de estos hombres, dinos a todos lo que ellos escribieron sobre esa plancha de metal, como a mí me dijiste. «Este país es nuestro».

Este país es tuyo, ¿y por qué? ¿Porque pusiste aquí el pie? Si un otaitiano desembarcase un día en vuestras costas y grabase sobre una de vuestras piedras o sobre la corteza de uno de vuestros árboles: «Este país pertenece a los habitantes de Otaití», ¿qué pensaríais de él? ¿Tú eres el más fuerte? ¿Y qué tenemos con eso?

Cuando te quitaban una de las despreciables bagatelas de que tu navío estaba lleno, tú clamabas irritado, tú te vengaste, ¡y en el mismo momento concebiste el proyecto de robar un país entero!

¡Tú no eres esclavo, preferirías la muerte a serlo y tú quieres esclavizarnos! ¡Tú crees que el otaitiano no sabe defender su libertad y morir! ¡Tú te quieres apoderar de él como de un animal y el otaitiano es tu hermano!

Los dos sois hijos de la naturaleza, ¿qué derecho tienes sobre ellos que ellos no tengan sobre ti? Tú llegaste: ¿lazámonos por ventura sobre tu persona? ¿Cogimos tu embarcación? ¿Acaso nos apoderamos de ti y te expusimos a las flechas de nuestros enemigos? ¿Unímoste en nuestros campos al trabajo de nuestros animales?

No; nosotros respetamos en ti nuestra propia imagen. Déjanos con nuestras costumbres; ellas son más sensatas, más honestas que las tuyas; nosotros

no queremos trocar lo que tú llamas nuestra ignorancia por tus luces inútiles. Todo lo que nos es necesario es bueno y poseémoslo. ¿Somos dignos de desprecio por no habernos creado necesidades superfluas?

Cuando tenemos hambre tenemos que comer; cuando tenemos frío tenemos con qué vestirnos. Tú entrastes en nuestras cabañas, y ¿qué echastes de menos en ellas? Aumenta lo que tú quieras, lo que llamas las comodidades de la vida, mas permite a seres sensatos que se detengan cuando no pudieron obtener más de sus primeros esfuerzos sino bienes imaginarios.

Si tú nos persuadieras de transponer el estrecho límite de nuestras necesidades, ¿cuándo acabaríamos nosotros de trabajar? ¿Y cuándo empezaríamos a gozar? Tenemos las menos fatigas anuales y diarias posible, porque nada es preferible al reposo.

Vete a tu país a agitarte y a atormentarte cuanto quisieres, déjanos reposar, no nos importunes ni con tus necesidades ficticias ni con tus virtudes quiméricas.

Mira esos hombres, ve cómo son rectos, sanos y robustos. Mira esas mujeres, ve cómo son esbeltas, frescas y bellas.

Toma este arco, es el mío: llama en tu auxilio uno, dos, tres, cuatro de tus compañeros y procurad tenderlo. Yo solo lo hago. Yo labro la tierra, yo

subo la montaña, yo desmonto el bosque, yo recorro una legua de la planicie en menos de una hora.

Tus jóvenes compañeros tendrían dificultad en seguirme en la marcha, y yo tengo noventa años ya cumplidos.

¡Maldición sobre esta isla! ¡Maldición sobre los otaitianos presentes y futuros, desde el día en que tú nos visitaste!

Nosotros no conocíamos sino una molestia: aquella que es igual para el hombre, el animal y la planta: la vejez, y tú nos trajiste otra, tú infeccionaste nuestra sangre.

Nos será preciso, tal vez, exterminar por nuestras propias manos nuestras hijas, nuestras mujeres y nuestros hijos, aquellos que se aproximaron a tus mujeres, aquellos que se parecieran a tus hombres.

Nuestros campos se empaparán de la sangre impura que pasó de tus venas a las nuestras y nuestros hijos, condenados a nutrir y perpetuar el mal que tú diste a los padres y a las madres y que ellos transmitarán para siempre a sus descendientes.

¡Infeliz!, tú serás responsable de los estragos que seguirán a las funestas caricias de los tuyos o de la matanza que lo nuestros cometerán para evitar las consecuencias de esa infiltración venenosa.

Tú hablas de crímenes. ¿Tienes tú idea de un crimen mayor que el tuyo? ¿Cuál es en tu país el castigo de aquel que mata a su prójimo? La muerte por el hierro. ¿Cuál es en tu país el castigo del cobarde que mata por el veneno? La muerte

por el fuego. Compara tu delito con éste y dinos, envenenador de pueblos, el suplicio que mereces.

Hace un momento apenas que la joven otaitiana entregrábase a los transportes y a las caricias del joven otaitiano; esperaba con impaciencia que la madre (autorizada por la edad núbil), rasgase sus senos al desnudo. Ella sentíase altiva excitando los deseos y prendiendo en los ojos amorosos del desconocido, de sus padres, de sus hermanos, ella aceptaba sin temor y sin timidez, en nuestra presencia, en medio de un círculo de inocentes otaitianos, al son de las flautas, entre las danzas, los cariños de aquel que su joven corazón y la voz secreta de sus sentidos le designaban.

La idea del crimen y del peligro de la molestia entraron contigo entre nosotros. Nuestras alegrías otrora tan dulces, son hoy acompañadas del remordimiento y terror.

Ese hombre negro que está junto a ti y que me escucha, habló a nuestros jóvenes, y no sé qué dijo a nuestras doncellas, pero nuestros jóvenes vacilan y nuestras doncellas se ruborizan. Ocúltate si quieres en el bosque obscuro con la compañera perversa de tus placeres, mas deja a los buenos y sencillos otaitianos que se reproduzcan sin escrúpulo a la faz del cielo y a la luz del día.

¿Qué sentimiento más honesto y más noble pondrías tú en lugar de aquel que les inspiramos y que les anima? Ellos comprenden que es llegado el momento de enriquecer la nación y la familia con un nuevo ciudadano y ellas se vanaglorian de eso.

Ellos se nutren para vivir y para crecer; ellas crecen para multiplicarse, y no hallan en eso ni vicio ni motivo de vergüenza.

Escucha la continuación de tus atentados. Apenas te presentaste entre ellos se volvieron ladrones. Apenas descendiste en nuestra tierra corrió por ellas la sangre. Ese otaitiano que corre a tu encuentro, que te acoge, que te recibió exclamando: «¡Jaio! amigo, amigo», tú lo mataste. ¿Y por qué lo mataste? Porque él fué seducido por el brillo de tus ojos de cascabel.

El te daba sus frutos, él te ofrecía su mujer y su hija, él te cedía su cabaña, y tú lo mataste por un puñado de esos granos que él tomara sin pedírtelos.

Al ruido de tu arma mortífera él huyó por la montaña. Pero debías saber que él no tardaría en volver, y sin mi intervención hubiérais perecido todos.

¡Ah! ¿Por qué los apaciguaría? ¿Por qué los contuve? ¿Por qué los contengo todavía en este momento? Lo ignoro, porque tú no mereces ningún sentimiento de piedad, porque tienes un alma feroz que nunca albergó tal sentimiento.

Tú y los tuyos paseasteis por la isla, tú fuiste respetado, tú gozaste de todo; tú no hallaste en tu camino ni barreras ni escusas; convidábante, tú te sentabas y te ponían delante la abundancia del país.

¿Querías doncellas? Excepto aquellas que todavía no tienen el privilegio de mostrar el rostro y el cuello, te las prestaban las propias madres del

todo desnudas; fuiste poseedor de la tierna víctima del deber hospitalario; elegiste una, cubrióse para ti ella, y la tierra de hojas y flores, los músicos tañeron sus instrumentos; nada perturbó la dulzura ni cortó la libertad de tus caricias y las de ella.

Cantóse el himno, el himno que te exhortaba a ser hombre, que exhortaba a nuestra hija a ser mujer, y mujer complaciente y voluptuosa; danzóse en torno de vuestro lecho; y fué al salir de los brazos de esa mujer, después de haber sentido sobre su seno la más dulce embriaguez, que tú mataste a su hermano, a su amigo, a su padre tal vez.

Hiciste peor todavía; mira de ese lado, ve ese recinto erizado de flechas, esas armas con las que nunca nos habían amenazado sino nuestros enemigos; ve esas armas vueltas contra nuestros propios hijos, ve los compañeros infelices de nuestros placeres, ve su tristeza; el dolor de sus padres, la desesperación de sus madres, porque están condenas a perecer por nuestras manos o por el mal que tú les inoculaste.

Apártate a menos que tus ojos crueles no gocen con los espectáculos de la muerte. Apártate; vete y que puedan los mares culpables que te conservaron durante tu viaje, regenerarse y vengarnos tragándote antes de tu vuelta.

Y vosotros, otaitianos, volved a vuestras cabañas, volved todos y que esos indignos extranjeros no escuchen al partir sino la onda que muge, no

vean sino la espuma con que su furor embravece una playa desierta.

Mal acabará; pues la multitud de insulares desapareció.

Un profundo silencio reinó en toda la isla y no se oía más que el agudo silbar del viento y el sordo rumor de las aguas a lo largo de la costa; diríase que el aire y el mar, sensibles a la voz del viejo, disponíanse a obedecerle.»

B.—Y bien, ¿qué pensáis de esto?

A.—Este discurso me parece vehemente, mas a través de alguna palabra indefinida un tanto abrupta y salvaje, me parece encontrar conceptos e ideas europeas.

B.—Reflexionad que eso es una traducción del otaitiano al español y del español al francés.

El viejo dirigióse en la víspera por la noche a la casa de ese Orú a quien interpeló y en cuya cabaña habló en español, idioma que conocía desde tiempos inmemoriales.

Orú escribió en español la alocución del viejo y Boungainville tenía en la mano una copia cuando el otaitiano la pronunció.

A.—Ahora comprendo por qué Boungainville suprimió ese fragmento; mas ahí no está todo y mi curiosidad por el resto no es pequeña.

B.—Lo que sigue tal vez os interese menos.

A.—No importa.

B.—Es una conversación entre el capellán de a bordo y un habitante de la isla.

A.—¿Orú?

B.—El mismo. Cuando el navío de Boungainville se aproximó a Otaití, un inmenso número de piraguas rodeó inmediatamente la embarcación.

A cualquier punto que Boungainville mirase no veía sino demostraciones de sorpresa y benevolencia. Tirábanle provisiones, extendiendo los brazos y agarrados a las cuerdas, subían por las tablas hasta henchir la nave.

Gritaban a los de la playa de donde los gritos eran respondidos. Los habitantes de la isla corrían, y era que la gente de Boungainville llegaba a tierra.

Los autóctonos apoderábanse de los hombres y de su equipaje, repartiéndoselos entre sí y cada uno conducía a su huésped para su cabaña.

Los hombres abrazábanlos por la cintura, las mujeres acariciábanles la cara con las manos. Figuraos encontraros allí y podréis calcular con el pensamiento ese espectáculo de hospitalidad, y decidme cómo encontráis en tal caso a la Humanidad.

A.—Bellísima.

B.—Pues habíame olvidado referiros un acontecimiento singular.

Esa escena de benevolencia y hospitalidad, fué perturbada de repente por los gritos de un hombre que pedía socorro.

Era el criado de uno de los oficiales de Boungainville. Jóvenes otaitianos se habían lanzado sobre él echándolo por tierra y comenzaban a desnudarlo para hacerle caricias.

A.—¡Cómo! ¿Esos pueblos tan simples, esos salvajes tan buenos, tan honestos?...

B.—Estáis equivocado; ese criado era una mujer disfrazada de hombre. Ignorada por la tripulación durante todo el tiempo de un largo viaje, los otaitianos adivinaron su sexo al primer golpe de vista.

Ella nació en Borgoña, llamábase Barré, no era fea ni bonita y tenía veintiséis años.

Nunca salió de su aldea, y su primer pensamiento de viajar fué para dar la vuelta al mundo vestida de hombre. Siempre se mostró honesta y con valor.

A.—Esas maquinistas frágiles encierran a veces almas bien fuertes.

III

CONVERSACION DEL CAPELLAN

Y DE ORU

B.—«En el reparto que los otaitianos hicieron entre sí de la gente de Boungainville, el capellán tocóle a Orú.

El capellán y el otaitiano eran más o menos de la misma edad, de treinta y cinco a treinta y seis años. Orú no tenía entonces sino a su mujer y tres hijas llamadas Asto, Palli y Thía.

Ellas desnudaron al huésped, laváronle la cara, las manos y los pies, y le sirvieron una cena sana y frugal.

En el momento en que el capellán se preparaba para dormir, Orú, que se había ausentado con su familia, reapareció y presentóle a su mujer y a sus hijas desnudas, y le dijo:

—Tú cenaste; tú eres joven y tienes salud; si durmieras solo dormirías mal: el hombre preci-

sa tener durante la noche una compañera a su lado. He aquí mi mujer y mis tres hijas, escoge aquella que te gustare; mas si quieres agradarme, darás preferencia a la más joven de mis hijas que todavía no tuvo hijos.

Y la madre añadió:

—¡Ah, no puedo con todo quejarme de ella por eso, pobre Thía! No es culpa suya.

El capellán respondió que su religión, su estado, las buenas costumbres y la honestidad no le permitían aceptar sus ofrecimientos.

Orú replicó:

—No sé qué es lo que llamáis «religión»; mas no puedo formar de eso sino una mala idea, pues que te impide gozar de un placer inocente, al cual la naturaleza, soberana nuestra, nos convida a todos; te impide dar la asistencia a uno de tus semejantes; de prestar un servicio que el padre, la madre y sus hijas te piden; de corresponder a una familia que te acoge bien, y de enriquecer a un país dándole un miembro más.

No sé a lo que llamas «estado», mas tu primer deber es ser hombre y demostrarlo.

Yo no te propongo que lleves a tu país las costumbres de Orú; pero Orú, tu hospedero y tu amigo, te suplica que te prestes a las costumbres de Otaití. Las costumbres de Otaití ¿serán por ventura mejores o peores que las tuyas? Es una cuestión que se decide fácilmente.

¿Allá en la tierra donde naciste tenéis más hombres de los que ella pueda mantener? En ese caso

no son vuestras costumbres ni peores ni mejores que la nuestras.

¿Puede ella sutentar mayor número de la población que existe? En ese caso nuestras costumbres son mejores que las vuestras.

En cuanto a la honestidad que me objetas, ya te comprendo. confieso que hice mal y pídote perdón por eso. Yo no exijo que perjudiques tu salud; si estás fatigado es preciso que descanses; mas espero que no habréis de continuar entristeciéndonos.

Ved la inquietud que produciste sobre todas estas fisonomías; ellas temen que les hayas notado algún defecto que ocasione tu desdén. Pero aunque así fuese, el placer de honrar una de mis hijas entre sus compañeras y sus hermanas y el hacer al mismo tiempo una buena acción, ¿no te bastaría? Sé, pues, generoso.

El capellán.—No es eso; ellas son las cuatro igualmente bellas; pero mi religión..., pero mi estado...

Orú.—Ellas me pertenecen y yo te las ofrezco; ellas pertenécense a sí mismas y se entregan libremente a ti. Cualquiera que sea la pureza de conciencia que la cosa «religión» y la cosa «estado» te prescriban, tú puedes aceptarlas sin escrúpulo. Yo no abuso de mi autoridad, y puedes estar seguro que conozco el respeto y el derecho de personas.

* * *

Aquí el verídico capellán conviene en que ja-

más la Providencia lo expusiera a una tentación tan imperiosa. El era joven, agitábase, atormentábase, desviaba sus ojos de las amables y suplicantes mujeres y sin querer los volvía hacia ellas; levantaba las manos y los ojos al cielo.

Thía, la más joven, se abrazaba a las rodillas, y le decía:

—¡Extranjero, no aflijáis a mi padre, no aflijáis a mi madre, no me aflijáis a mí! Hónrame en la cabaña entre los míos, elévame a la categoría de mis hermanas que se burlan de mí. Asto, la más vieja, ya tiene tres hijos; Palli, la segunda, tiene dos; Thía no tiene ninguno.

¡Extranjero, honesto extranjero, no me recuses! Hazme madre; hazme un hijo para que yo pueda un día pasearlo de la mano a mi lado por Otaití; para que él esté preso durante nueve meses en mi seno, lo que me hará altiva y para que él haga parte de mi dote cuando yo pase de la compañía de mis padres a alguna otra.

Yo seré tal vez más feliz contigo de lo que sería con nuestros jóvenes otaitianos.

Si tú me concedes ese favor yo no te olvidaré jamás y te recordaré el resto de mi vida; escribiré tu nombre sobre mi brazo y el brazo de tu hijo, los dos lo pronunciaremos sin cesar con júbilo, y cuando abandones estas playas mis votos te acompañarán sobre los mares hasta que hayas regresado a tu país.

El ingenuo capellán dice que ella le estrechaba las manos, que lanzaba a sus ojos miradas tan ar-

dientes que la emoción la hacía llorar. Que el padre, la madre y las hermanas se fueron y él quedó solo con ella repitiendo todavía:

«¡Pero mi religión..., pero mi estado...!» Y que hallóse a la mañana siguiente durmiendo junto a esta moza que lo cubría de caricias, la cual convidaba al padre, a la madre y a las hermanas a aproximarse al lecho para que uniesen su reconocimiento al de ella.

Asto y Palli retiráronse por un momento y volvieron luego con manjares del país, bebidas y frutas. Abrazaron a su hermana haciendo votos por ella.

Almozaron todos juntos; después Orú, quedando solo con el capellán, le dijo:

—Ya veo que mi hija quedó contenta de ti. Yo te lo agradezco. Mas ¿podrás decirme qué es la palabra «religión» que tantas veces repetiste y con tanto sentimiento?

El capellán, después de meditar un momento, respondió:

—¿Quién hizo tu cabaña y los utensilios que la amueblan?

Orú.—Fuí yo.

Capellán.—Pues bien; nosotros creemos que este mundo y todo lo que él encierra es la obra de un obrero.

Orú.—Debe tener pies, manos y cabeza.

Capellán.—No.

Orú.—¿Dónde vive?

Capellán.—En todas partes.

Orú.—¿Aquí mismo?

Capellán.—Aquí.

Orú.—Nosotros nunca lo hemos visto.

Capellán.—No es visible.

Orú.—¡Pues es un obrero bien raro! Además, debe ser viejo, porque tendrá por lo menos la edad de su obra.

Capellán.—El no envejece. El habló a nuestros antepasados, dióles leyes, describióles la manera cómo quería ser honrado; ordenóles ciertas acciones como siendo buenas; prohibióles otras como siendo malas.

Orú.—Entiendo; y una de esas acciones que prohibió como siendo malas fué la de dormir con una mujer o con una moza, ¿por qué entonces hizo los dos sexos?

Capellán.—Para unirse, mas en ciertas condiciones requeridas, en consecuencia de las cuales un hombre pertenece a una mujer y sólo pertenece a ella, y una mujer pertenece a un hombre y sólo pertenece a él.

Orú.—¿Para toda la vida?

Capellán.—Para toda la vida.

Orú.—De suerte que si aconteciese dormir una mujer con otro hombre que no fuese su marido o un hombre dormirse con otra que no fuera su mujer..., pero no ocurrirá porque estando ese obrero allí y contraríandole eso, sabrá impedirlo.

Capellán.—No; él los deja y ellos pecan contra

la ley de Dios—pues así llamamos a ese grande obrero—, contra la ley del país y cometen un crimen.

Orú.—Me daría tristeza ofenderte con mis palabras, pero si me lo permites, te daré mi opinión.

Capellán.—Habla.

Orú.—Esos preceptos singulares los encuentro opuestos a la naturaleza humana y contrarios a la razón; propios sólo para multiplicar los crímenes y contrariar siempre al viejo obrero que lo hizo todo sin manos, sin cabeza, sin instrumentos; que está en todas partes y no está en parte alguna, que vive hoy y mañana sin que tenga un día más; que manda y no es obedecido; que puede impedir los delitos y no lo hace por ser contrarios a la naturaleza, porque supone que un ser pensante, sensible y libre pueda ser propiedad de un ser semejante a él: ¿sobre qué estaría fundado semejante derecho?

¿No ves que en tu país confundíase aquello que no tiene sensibilidad, ni pensamiento, ni deseo, ni voluntad, que se deja, que se toma, que se guarda, que se cambia sin que ello sufra y sin que ella se queje con aquello que no se cambia, que no se adquiere en propiedad; que tiene libertad, voluntad, deseo; que puede darse o recusarse por un momento y darse o recusarse para siempre; que se queja y que sufre, y que no se tornaría voluntariamente un objeto de comercio sin que los demás se olviden de su carácter y que hagan violencia a la naturaleza, contraria a la ley general de los seres?

En efecto; ¿crees que haya algo más de insensato que un precepto que prescribe la mudanza

que nos es inherente, que impone una constancia imposible y que violenta la libertad del hombre y la mujer sujetando para siempre al uno con el otro; más insensato que una fidelidad que limita el más caprichoso de los placeres a un mismo individuo; que un juramento de inmutabilidad de dos seres de carne bajo un mismo cielo que ni por un instante es el mismo, debajo de los antros que amenazan ruina, debajo de una roca que cae hecha polvo, al pie de un árbol que se troncha, sobre una piedra que se desmorona?

¿Crees que hizo la condición del hombre peor que la del animal?

No sé qué será tu gran obrero, pero me regocijo porque no habló él a nuestros padres y deseo que nunca hable a nuestros hijos, pues acaso podría decirles las mismas zonceras y tal vez ellos cometieran la tontería de creerlo.

Ayer, cuando cenábamos, tú nos entretuviste hablándonos de magistrados y de padres; no sé qué personajes son esos que llamas magistrados y padres, cuya autoridad regula vuestra conducta, pero dime: ¿son señores del bien o del mal? ¿Pueden hacer que lo justo se vuelva injusto y lo injusto justo? ¿Depende de ellos atribuir bien a las acciones nocivas y mal a las acciones útiles o inocentes?

Tal cosa no te pasaría por la mente; pues en ese concepto no habría ni verdadero ni falso, ni bueno ni malo, ni bello ni feo, a menos que tal no agradase a ese gran obrero, a tus magistrados y a tus padres el decretarlo, y de un momento a otro

te verías «obligado» a mudar de ideas y de conducta.

Un día te dirían de parte de uno de tus tres «amos»: «¡Mata!», y tú te verías, en conciencia, obligado a matar; otro día te dirían «¡Roba!», y tú te vería obligado a robar; o entonces te dirían: «No comas de ese fruto», y tú no osarías comerlo. «Yo te prohibo esa legumbre o ese animal», y tú evitarías el tocar a la una o al otro.

No hay bondad que no te pueda ser prohibida, no hay maldad que no te pueda ser ordenada.

¿Y a qué quedarías reducido si tus tres señores discordes entre sí, acordasen mandarte hacer y prohibirte la misma cosa a un tiempo, como pienso ya que ha de suceder muchas veces?

En ese caso, para agradar al padre será necesario que te indispongas con el magistrado; para satisfacer al magistrado será necesario que contraríes al gran obrero, y para que te tornes agradable al gran obrero es menester que renuncies a la naturaleza.

¿Y sabes entonces lo que acontecería? Pues que despreciarías a los tres y que tú no serías ni hombre, ni ciudadano, ni creyente, que tú no serás cosa alguna, que tú quedarás mal con toda clase de autoridades, mal contigo mismo, agitado, perverso, atormentado por tu corazón, perseguido por tus insensatos dominadores, infeliz como te vi ayer noche, cuando te presenté mis hijas y mi mujer, y que tú exclamabas: «¡Mas mi religión..., mas mi estado!»

¿Quieres saber en todo tiempo lo que es bueno y es malo?

Aproxima la naturaleza de las cosas y de las acciones a tus relaciones con tus semejantes, a la influencia de tu conducta sobre la utilidad particular y el bien general.

Tú deliras si imaginas que existe alguna cosa, ya encima ya debajo, en el universo, capaz de juntar o substituir, sea lo que fuere, las leyes de la naturaleza.

Su voluntad eterna es que el bien sea preferido al mal, y el bien general al bien particular.

Puedes ordenar lo contrario, pero no serás obedecido.

Multiplicarás los malhechores y los desgraciados por el terror, por los castigos y por los remordimientos; depravarás las conciencias; corromperás los espíritus, y nadie sabrá lo que deberá hacer o evitar.

Perturbados todos en su estado de conciencia, tranquilos con el delito, perderán la estrella polar de su camino.

Capellán.—Mentiría si te afirmase que tal cosa no sucede.

Orú.—La mujer que juró no pertenecer sino a su marido, ¿nunca se da a otro?

Capellán.—Nada menos frecuente.

Orú.—Tus legisladores, castigan o no castigan: si castigan, son bestias feroces que flagelan la naturaleza, si no castigan, son imbéciles que exponen su

autoridad al desprecio por causa de una prohibición inútil.

Capellán.—Los culpables que escapan a la severidad de la ley son castigados por la censura general.

Orú.—Quiere decir que la justicia se ejerce por la falta de sentido común de la nación, y que la censura de la opinión suple las leyes.

Capellán.—La moza deshonrada no encuentra marido.

Orú.—¡Deshonrada! ¿Por qué?

Capellán.—La mujer infiel, también es más o menos despreciada.

Orú.—¡Despreciada! ¿Y por qué?

Capellán.—Al mozo, en ese caso, se le llama un vil, un seductor.

Orú.—¡Un vil, un seductor! ¿Y por qué?

Capellán.—El padre, la madre y la hija quedan desolados.

El esposo voluble es un libertino, y el esposo traicionado participa del oprobio de su mujer.

Orú.—¡Qué monstruoso tejido de extravagancias me estás diciendo! Y todavía no dices todo porque desde que alguien se permitió disponer a su placer de las ideas de justicia y de propiedad, de quitar o dar a las cosas un carácter arbitrario, de juntar o separar de las acciones a voluntad el bien o el mal sin consultar más que al capricho, la gente se censura, se acusa, sospechan unos de otros, tiranízanse mutuamente, son envidiosos, son celosos, las personas procuran engañarse unas a otras, unos, se afli-

gen, otros se ocultan, unos disimulan, otros espían procurando sorprenderse malévolamente unos a otros, peléanse, miéntense, los hijos se imponen a los padres, los maridos eluden a sus mujeres y las mujeres a los maridos.

Habrá mozas, sí, no dudo de eso, que extrangularán a sus hijos, padres que por sospechas, despreciarán a los suyos, madres que se separarán de sus hijos entregándoles a merced de una suerte equívoca, y el crimen, y el libertinaje se manifestarán en todas sus asquerosas formas.

Yo sé todo esto como si hubiera vivido entre vosotros.

Esto es así porque debe ser: y esa sociedad, cuyo buen orden vuestro jefe tanto alaba, no puede constar sino de hipócritas que pisotean las leyes secretamente, o de infelices que son instrumento de sus propios suplicios y a ellos se someten, o de imbéciles a los que el preconcepto apagó totalmente la voz de la naturaleza o de gentes mal organizadas, en las que la naturaleza no reclama sus derechos.

Capellán.—Esto parece; ¿pero vosotros no os casaréis?

Orú.—Nosotros nos casamos.

Capellán.—¿Y cómo es vuestro casamiento?

Orú.—Nuestro casamiento es un sentimiento mutuo de ir a habitar una misma cabaña, de dormir en el misma lecho, de vivir juntos en cuanto nos llevemos bien.

Capellán.—¿Y en caso de que os llevéis mal?

Orú.—Nos separamos.

Capellán.—¿Y qué hacéis de los hijos?

Orú.—¡Oh, extranjero! Tu pregunta acaba de revelarme la miseria de tu país. Sabrás, mi querido amigo, que aquí, el nacimiento de un hijo es una felicidad y su muerte un motivo de pesar y de lágrimas.

Un hijo es un buen precioso porque debe llegar a hombre: también tenemos con él un cuidado muy superior al que dedicamos a nuestras plantas y a nuestros animales.

Un hijo que nace ocasiona la alegría doméstica y pública: es un aumento de fortuna para la cabaña y de fuerza para la nación; es aumento de brazos y manos en nuestro Otaití; vemos en él un agricultor, un pescador, un cazador, un defensor de la Patria, un esposo, un padre.

Pasando de la compañía de su marido a la de sus padres, una mujer lleva consigo los hijos que tuviera de dote. Divídense entre los padres aquellos que tuvieran durante el tiempo que vivieron juntos, compensando en lo que es posible a los del sexo masculino con los del femenino, de suerte que toque a cada uno el mismo número de niñas y niños.

Capellán.—Mas los hijos tienen que ser alimentados y cuidados por mucho tiempo antes de que puedan prestar servicios.

Orú.—Nosotros destinamos a su cuidado y a

la alimentación de los ancianos una sexta parte de los frutos del país y ese tributo les acompaña allí donde fueren.

Así, pues, ya ves que cuanto más numerosa sea la familia del otaitiano más rico es él.

Capellán.—¿Una sexta parte?

Orú.—Sí; es un medio seguro de animar el aumento de la población e interesar el respeto a la vejez y la conservación de los niños.

Capellán.—¿Acontece algunas veces que vuestras esposas se vuelvan a unir?

Orú.—Es muy frecuente; entre tanto la duración más corta de un matrimonio es el intervalo de una luna a otra.

Capellán.—A menos que la mujer no esté fecundada, porque entonces el matrimonio durará por lo menos nueve meses.

Orú.—Te engañas; la paternidad así como el tributo acompañan a la criatura por todas partes.

Capellán.—Me hablaste de los hijos que una mujer lleva en dote a su marido.

Orú.—Ciertamente. Ves mi hija mayor que tiene tres hijos: ellos caminan, son sanos, bellos, prometen ser fuertes; cuando le diese la ocurrencia de casarse, ella los llevará porque son de ella, su marido los recibirá con alegría, y su mujer no le sería menos agradable si estuviese embarazada de un cuarto.

Capellán.—De él.

Orú.—De él o de otro.

Cuantos más hijos tienen nuestras mozas, tan-

to más solicitadas son; cuanto más vigorosos y fuertes son nuestros rapaces tanto más ricos son; también somos tan cuidadosos en preservar las niñas del contacto del hombre y de los niños, del comercio de la mujer antes de la edad de la pubertad, como de exhortarlos a multiplicarse cuando los rapaces son púberes y las mozas núbiles.

No imaginas la importancia del servicio que has prestado a mi hija Thía en el caso de que haya concebido.

Su madre ya no le dirá a cada nueva luna: «¿Pero Thía, en qué piensas? Tú no te haces preñada; tienes ya diez y nueve años; deberías tener ya dos hijos y no tienes ninguno. ¿Quién cargará contigo? Si pierdes así los años de tu juventud, ¿qué harás a la vejez? Thía; es imposible que no tengas algún defecto que aparte de ti a los hombres. Corrígete, hija mía; yo a tu edad había sido madre tres veces.

Capellán.—¿Qué precauciones tomáis para hacer que vuestras mozas y vuestros rapaces adolescentes se guarden?

Orú.—El principal objeto es la educación doméstica y el punto más importante de las costumbres públicas.

Nuestros jóvenes hasta la edad de veintidós años, dos o tres después de la pubertad, se visten con una larga túnica ceñida a los riñones con una pequeña cadena; nuestra jóvenes antes de ser núbiles no osarían salir sin velo.

Quitarse su cadena o levantar su velo, son faltas

que raramente se cometen entre nosotros porque les enseñamos desde muy temprano cuáles son las consecuencias nocivas de tal imprudencia.

Pero desde el momento en que el instinto masculino se desarrolla con toda su fuerza, cuando los síntomas de virilidad se presentan; cuando la doncella se vuelve melancólica, tornándose inquieta y pensativa; cuando llega a una edad propia para concebir deseos, inspirarlos y satisfacerlos con utilidad, el padre desprende la cadena de su hijo y córtale la uña del dedo medio de la mano derecha, y la madre quita el velo de su hija.

El primero puede solicitar una mujer y ser solicitado por ella, la moza pasea públicamente con el rostro y los senos descubiertos y acepta o rehusa las caricias de un hombre. Indícase apenas al joven la mujer que debe de elegir y a la moza el rapaz que debe preferir.

Es una gran fiesta el día de la emancipación de una doncella y la de un mozo.

Si es una joven, la víspera los rapaces se reunen en torno de la cabaña y en el aire resuenan toda la noche el canto de las voces y el sonido de los instrumentos.

Cuando el día aparece, es conducida por su padre y su madre a un patio donde se danza, donde se salta, se lucha y donde se dan carreras y expónese el novio delante de ella en todas las posiciones y actividades.

Si fuese un mozo, son las doncellas las que en

su presencia hacen las diversiones y honras de la fiesta, y preséntase a sus ojos la mujer desnuda del todo, sin reservas ni secretos.

El resto de la ceremonia conclúyese sobre un lecho de follaje, como el que viste al desembarcar entre nosotros.

Al declinar el día, la novia vuelve a la cabaña de sus padres o pasa a la de aquel que eligió para marido, permaneciendo en tanto le agradare.

Capellán.—Bien; pero esa fiesta, ¿es o no un día de boda?

Orú.—Tú lo dijeste.»

... ...

A.—¿Qué es lo que veo en aquel margen?

B.—Es una nota en la que el bueno del capellán dice que los preceptos de los padres sobre la elección de los novios, están llenos de buen sentido y de observaciones utilísimas y muy sagaces; pero que él suprimió ese catecismo que habría parecido a las personas tan corrompidas y supersticiosas como nosotros, de una licencia imperdonable, añadiendo todavía que no eran sin pensar que suprimía detalles que había visto primeramente hasta dónde una nación que se ocupa sin cesar en un objeto importante, puede ser conducida en sus aspiraciones sin el socorro de la física y de la anatomía, y en segundo lugar la diferencia de la belleza en su país donde la formas se relacionan al placer de un momento y un pueblo donde éstas son apreciadas según su utilidad constante.

En París, para ser bella, se exige una tez brillante, frente grande, talle leve, boca pequeña, grandes ojos. líneas finas y delicadas, manos pequeñas, pie chiquito... En Otaití casi ninguno de esos elemento sirve.

Las mujeres que atraen las miradas y excitan los deseos son las que prometen muchos hijos (la mujer del cardenal Owat) y los prometen activos, inteligentes, bravos, sanos y robustos.

Nada hay de común entre la Venus de Atenas y la de Otaití; aquélla es la Venus galante, ésta la Venus fecunda.

Una otaitiana decía un día a otra mujer de su país: «Tú eres bella; pero tus hijos nacen contrahechos. Yo soy fea; pero mis hijos nacen perfectos; y por eso los hombres me prefieren a ti».

... ...

Después de esta nota del capellán, Orú continúa:

«Orú —¡Cuán feliz momento para una mujer joven y para sus padres aquel en que se constata su preñez!

Ella se levanta, corre, se arroja en los brazos de su padre y de su madre, y con transportes de alegría les comunica la novedad: «¡Mamá! ¡Papá! ¡Abrazadme, estoy embarazada!» «¿Será verdad?» «Sí, es cierto». «¿Y de quién concebiste?» «De Fulano...»

Capellán.—¿Cómo puede ella nombrar el padre de su hijo?

Orú —¿Cómo quieres tú que ella lo ignore? La duración de nuestros amores y de nuestros casamientos es, por lo menos, el espacio entre una y otra luna.

Capellán.—¿Y esta regla es siempre escrupulosamente guardada?

Orú.—Tú puedes comprobarlo. Primeramente, el intervalo entre dos lunas no es largo; pero cuando los padres tienen una misma pretensión sobre un niño, éste no pertenece más que a la madre.

Capellán.—¿Y a quién pertenece entonces?

Orú.—A aquel de los dos que ella quiere darlo: es todo su privilegio.

Ahora bien; siendo un hijo por sí mismo un objeto de interés y de riqueza, ya comprendes bien que entre nosotros las libertinas son muy raras y que los mozos se deben de apartar de las que existen.

Capellán.—¿Entonces vosotros tenéis también libertinas? Lo celebro mucho.

Orú.—Tenemos hasta más de una clase; pero tú me apartas de mi asunto.

Cuando una de nuestras jovencitas concibe, si el padre de la criatura es un buen mozo, bien formado, bravo, inteligente y labrioso, la esperanza de que la criatura heredará las virtudes de su padre aumentan y conserva la alegría de la familia.

Nuestras hijas sólo se avergüenzan de haber hecho una mala elección.

Tú debes comprender a qué precio consideramos la salud, la belleza, la industria y el valor; tú debes comprender cómo, sin que nosotros nos inmiscuyamos en eso, las prerrogativas de la sangre se deben eternizar entre nosotros.

Tú que has recorrido diversos países, dime si notaste en algún otro, hombres tan vistosos, mujeres tan bellas como en Otaití.

Mírame, a ver qué tal me hallas. Pues bien; hay mil hombres aquí mayores, más robustos, pero pocos más bravos que yo; por eso muchas veces las madres me designan a sus hijas.

Capellán.—Pero de todos esos hijos que puedes haber tenido fuera de tu cabaña, ¿qué utilidad obtienes?

Orú.—El cuarto fruto masculino o femenino.

Estableciόse entre nosotros una circulación de hombres, de mujeres y de niños o de brazos de todas las edades y de todas las funciones, que es de una importancia bien superior a la circulación de nuestros artículos de comercio.

Capellán.—Lo reconozco. ¿Qué quieren decir esos velos negros que he encontrado alguna vez por ahí?

Orú.—Es la señal de esterilidad por defecto de nacimiento o consecuencia de la edad avanzada.

La que deja ese velo y se mezcla entre los hombres es una libertina; aquel que levanta ese velo

y se aproxima a una mujer estéril es un libertino.

Capellán.—¿Y esos velos cenicientos?

Orú.—La señal de la indisposición periódica.

La que deja ese velo para mezclarse con hombres es una libertina; el que se levanta para aproximarse a una mujer enferma es un libertino.

Capellán.—¿Tenéis vosotros castigos para ese libertinaje?

Orú.—No; a no ser la reprobación moral, no tenemos otro.

Capellán.—¿Puede un padre dormir con su hija, una madre dormir con su hijo, un hermano con su hermana, un marido con la mujer de otro?

Orú.—¿Por qué no?

Capellán.—Respecto a la fornicación, ¡bah! ¡Pero el incesto..., el adulterio!...

Orú.—¿Qué quiere decir «fornicación», «incesto» o «adulterio»?

Capellán.—¡Crímenes! Crímenes enormes por los que se quema a las personas en mi país.

Orú.—¡Que se queme o no se queme en tu país, poco me importa! Mas tú no condenarás las costumbres de Europa por las de Otaití, ni por consiguiente las de Otaití por las de tu país.

Es menester que tengamos una regla más segura. ¿Y cuál será esa regla?

¿Conocerás tú por ventura alguna otra que no sea el bien general y utilidad particular?

Dime ahora qué es lo que tu crimen «incesto» tiene de contrario a esos dos fines de nuestras acciones.

Tú te engañas, amigo mío, si supones todo acabado desde el momento en que una ley fué publicada inventando un término de ignominia o discernido en un suplicio.

Responde, pues: ¿qué entiendes tú por «incesto»?

Capellán.—Pero un «incesto»...

Orú.—¿Un incesto?... ¿Hace mucho tiempo que tu gran obrero sin cabeza, sin manos y sin instrumentos fabricó el mundo?

Capellán.—No.

Orú.—¿Hizo toda la especie humana al mismo tiempo?

Capellán.—No. El crió solamente un hombre y una mujer.

Orú.—¿Tuvieron hijos?

Capellán.—¡Naturalmente!

Orú.—Supongamos que esos dos primeros padres no hubieran tenido sino hijas y la madre hubiera muerto, o que al contrario sólo hubieran tenidos hijos y la madre perdido a su marido.

Capellán.—Tú me confundes; mas digas lo que dijeres, el «incesto» es un crimen abominable, y hablemos de otra cosa.

Orú.—Esto te conviene decir o te place decir por hábito: yo por mí no callaré en cuanto no me digas en qué consiste ese crimen abominable «incesto».

Capellán.—Pues sí; yo concuerdo en que tal vez el «incesto» no ofenda en nada a la naturaleza; ¿mas no basta que él amenace la constitución po-

lítica? ¿Qué sería de la seguridad de un jefe y de la tranquilidad de un Estado si una nación entera compuesta de muchos millones de individuos se reglamentasen en torno de una centena de padres de familia?

Orú.—Lo más que podía suceder es que donde no hay sino una gran sociedad, habría cien pequeñas, con más ventura por tanto y un crimen menos.

Capellán.—Creo, entre tanto, que aquí mismo, rara vez se juntará un hijo con su propia madre.

Orú.—En casos que no tenga por ella mucho respeto o ternura que le haga olvidar la diferencia de edad y preferir una mujer de cuarenta años a una doncella de diez y nueve.

Capellán.—¿Y el comercio de los padres con sus hijas?

Orú.—Poco más frecuente, a menos que la hija no sea fea y poco solicitada.

En este caso el padre la quiere y se ocupa en prepararle la dote en hijos.

Capellán.—Eso me hace imaginar que la suerte de las mujeres que la naturaleza hizo desgraciadas, no debe ser muy feliz en Otaití.

Orú.—Eso me prueba que tú no tienes alta idea de la generosidad de nuestros mozos.

Capellán.—En cuanto a las uniones de hermanos y hermanas no dudo que sean muy comunes.

Orú.—Y muy aprobadas.

Capellán.—Esa pasión que produce tantos crí-

menes y males en nuestras regiones, sería aquí completamente inocente.

Orú.—¡Extranjero! Tienes falta de sentido y de memoria; de sentido porque siempre que hay una prohibición hay tentaciones por hacer la cosa prohibida, y de memoria porque ya no te acuerdas de lo que te dije.

Nosotros tenemos viejas que salen de noche sin su velo negro y reciben hombres cuando nada puede resultar de esa unión; pero si fueren reconocidas o sorprendidas el destierro al monte de la isla o la esclavitud es su castigo.

También acontece que jovencitas precoces se levantan el velo blanco sin consentimiento de sus padres (y tenemos para ellas un lugar separado en la cabaña): hay mozos que rompen su cadena antes del tiempo prescrito por la naturaleza y por su ley (y nosotros amonestamos por eso a los padres); mujeres a quienes el tiempo de la preñez parece largo; mujeres a mozas poco escrupulosas en guardar su velo ceniciento; pero de hecho nosotros damos a esas faltas muy poca importancia, y tú no podrías creer aun cuando yo te lo dijera cuanto va unida en nuestras cabezas la idea de riqueza particular y pública a la idea de población, lo que son nuestras costumbres sobre ese punto.

Capellán.—La pasión de dos hombres por una misma mujer o el cariño de dos mujeres o de dos mozas por un mismo hombre, ¿no ocasiona desórdenes?

Orú.—Todavía no vi cuatro ejemplos de esos: y

en el caso que sucediese la elección de la mujer o la elección del hombre acabaría todo.

La violencia de un hombre sería una falta grave; mas, daría lugar a una queja pública, y es casi inaudito que una moza o una mujer se haya quejado.

La única cosa que he notado es que nuestras mujeres tienen menos pena de los hombres feos de la que nuestros mozos tienen de las mujeres desgraciadas, y eso nos contraría mucho.

Capellán.—Por lo que veo no conocéis aquí los celos; pero la ternura marital y el amor paterno, esos dos sentimientos tan poderosos y tan dulces, si no son completamente extraños deben ser de poca importancia.

Orú.—Suprimímoslo por otro que es mucho más general, más enérgico y más durable: el interés. Ponte la mano sobre la conciencia, deja esa fanfarronada de la vitrud que está siempre en la boca de tus camaradas, pero no en sus corazones.

Dime, en cualquier región que sea, si hay un hombre que a no ser por la vergüenza, por el preconcepto que lo retiene, que no prefiriese perder su mujer a perder su fortuna y el confort de la vida entera.

Puedes estar cierto que en cualquier parte donde el hombre se halle ligado a la conservación de su semejante como a su lecho, a su salud y a su reposo, a su cabaña, a sus frutos y a sus campos, él hará por su hermano todo lo que le fuese posible hacer.

Es aquí que las lágrimas humedecen el rostro

de una criatura que sufre; es aquí que las madres son cuidadosamente tratadas en la molestia del parto; es aquí que se aprecia y se da valor a una mujer fecunda, una doncella núbil, un mozo adolescente; es aquí que todos se ocupan de su elevación educacional, porque su conservación y prosperidad es siempre un aumento de bienes y su pérdida una disminución de fortuna.

Capellán.—Yo voy creyendo que el demonio de este salvaje tiene razón.

El campesino miserable de nuestras regiones estafa a su mujer para aliviar a su caballo, deja perecer sin socorro a su hijo y llama al veterinario para curar a su buey.

Orú.—Entiendo perfectamente lo que acabas de decir; pero cuando regreses a tu Patria tan bien dotada de policía procura introducir ahí ese impulsor, y verás entonces que se hará sentir el precio de la criatura que nace y la importancia que tiene el aumento de la población.

¿Quieres que revele un secreto más? Cuida bien que no se te escape.

Vosotros llegasteis; nosotros os entregamos nuestras mujeres y nuestras hijas; vosotros os admirábais de eso y nos manifestásteis por ello una gratitud que nos hizo reír.

Vosotros nos dais las gracias cuando hemos lanzado sobre ti y tus compañeros el mayor y más fuerte de los impuestos.

Nosotros no os pedimos dinero, nosotros no nos apoderamos de vuestras mercaderías, nosotros des-

preciamos vuestros artículos de comercio, pero nuestras mujeres y nuestras hijas exprimen la sangren de vuestras venas.

Cuando tú partas, habrás dejado hijos; ese tributo levantado sobre tu persona, sobre tu propia substancia, ¿no te parece que vale tanto como cualquier otro?

Y si quieres apreciar su justo valor imagina que tienes doscientas leguas de costa que recorrer y que a cada veinte millas te impongan semejante contribución.

Nosotros tenemos inmensos territorios despoblados, nos faltan brazos y nosotros te los pedimos.

Tenemos calamidades epidémicas por reparar y nosotros te empleamos en llenar el vacío que ellas dejaran. Tenemos enemigos vecinos que combatir, necesitamos de soldados y nosotros te pedimos que los hagas; el número de nuestras mujeres y de nuestras hijas es grande, pues hay dos para cada hombre y nosotros os asociamos a nuestra tarea.

Entre esas mujeres y esas mozas hay algunas que no han podido tener hijos y son ésas precisamente las que expusimos a vuestros primeros abrazos.

Tenemos que pagar un tributo en hombres a un opresor vecino y sois tú y tus camaradas quienes nos habéis de librar de esa deuda, pues de aquí a cinco o seis años les mandaremos vuestros hijos si valen menos que los nuestros.

Todavía más robustos y más sanos que vosotros comprendemos que nos aventajáis en inteligencia,

y luego destinamos algunas de nuestras mujeres, de nuestras hijas, para recibir la simiente de una raza mejor que la nuestra.

Es un ensayo que intentamos y que podrá sernos útil.

Sacamos de ti y de los tuyos el único partido que podemos obtener; él prueba que por más salvajes que seamos nosotros también sabemos calcular.

Ve para donde quieras y siempre encontrarás el hombre tan astuto como eres tú.

El jamás te dará sino aquello que no le sirve para nada, y te pedirá siempre aquello que le pueda servir.

Si te presenta un pedazo de oro por un pedazo de hierro es que él no hace caso del oro y aprecia más el hierro.

Dime ahora, ¿por qué no te vistes como tus otros compañeros? ¿Qué significa esa larga casaca que te envuelve de la cabeza a los pies? ¿Ese saco puntiagudo que dejas caer sobre los hombros y que colocas por encima de tus orejas?

Capellán.—Es que aquí donde me ves, me hallo enrolado en una sociedad de hombres que se titulan en mi país, de monjes.

El más sagrado de sus votos es no aproximarse a ninguna mujer y no hacer nunca hijos.

Orú.—¿Qué hacéis entonces?

Capellán.—Nada.

Orú.—¿Y tu magistrado aguanta esa especie de perezosos, la peor de todas?

Capellán.—Hace más todavía, la respeta y la hace respetar.

Orú.—Mi primer pensamiento fué que la naturaleza, algún accidente o un arte cruel os hubiese privado de reproducir a vuestros semejantes y que por compasión prefieren dejaros vivir a mataros.

Pero, monje, mi hija me dice que eres hombre, y un hombre tan fuerte como un otaitiano concluyendo por añadir que esperaba que tus reiteradas caricias no habían de ser infructuosas.

Ahora comprendo por qué exclamabas ayer noche: «¡Pero mi religión! ¡Pero mi estado!»

¿Me podrás hacer entender el motivo del favor y respeto que los magistrados os conceden?

Capellán.—Yo mismo lo ignoro.

Orú.—¿Sabrás al menos por qué siendo tú hombre, te condenaste libremente a no serlo?

Capellán.—Eso sería demasiado largo y difícil de explicarte.

Orú.—¿Y el monje es fiel a ese voto de esterilidad?

Capellán.—No.

Orú.—Yo estaba seguro de eso. ¿Y tenéis también monjas mujeres?

Capellán.—Sí.

Orú.—¿También en las condiciones de los monjes machos?

Capellán.—Más encerradas, y se consumen de dolor y mueren de tristeza.

Orú.—¡La injuria hecha a la naturaleza es castigada! ¡Oh, país asqueroso!

Si todo se halla ordenado como tú me has dicho, sois más bárbaros que nosotros.

... ...

El bueno del capellán nos refiere en seguida que pasó el resto del día en recorrer la isla, en visitar las cabañas, y que a la noche, después de haber cenado, el padre y la madre habíanle suplicado que durmiera con la segunda hija Palli que se presentó con el mismo traje que Thía, y que él muchas veces exclamara durante la noche. «¡Pero mi religión! ¡Mi estado!»

Que a la tercera noche fué agitado por los mismos remordimientos con Asto, la mayor, y que concedió por galantería la cuarta noche a la mujer del hospedero.»

IV

CONTINUACION DEL DIALOGO

A.—Me gusta ese cumplido capellán.

B.—Y a mí mucho más las costumbres de los otaitianos y el discurso de Orú.

A.—Aunque un poco modelado a la europea.

B.—No digo lo contrario.

... ...

«En este punto el buen capellán se queja de la brevedad de su residencia en Otaití, y de la dificultad en conocer mejor los usos de un pueblo bastante sensato para detenerse por sí mismo en la mediocridad, o bastante feliz con habitar en un clima cuya fertilidad le aseguraba un largo adormecimiento; bastante activo para estar al abrigo de las necesidades más perentorias de la vida, y asaz indolente para que su inocencia, su reposo y su felicidad nada tuviesen que temer de un progreso más rápido que sus luces.

Nada allí era ruín ni por la opinión ni por la ley, sino lo era por propia naturaleza.

Los trabajos y las recolecciones se hacían en común.

La aceptación de la palabra «propiedad» era muy estrecha; la pasión del amor reducida a un simple apetito físico, no producía allí ninguno de nuestros desórdenes.

Toda la isla presentaba la imagen de una sola familia numerosa en la que las cabañas representaban una a una las diversas habitaciones de cualquiera de nuestras grandes casas.

Acabó por protestar que esos otaitianos quedarán siempre presentes en su memoria; que sentíase tentado a colgar los hábitos y pasar el resto de sus días entre ellos, lamentando mucho el tener que arrepentirse más de una vez de no haberlo hecho.»

A.—A pesar de ese elogio, ¿qué consecuencias útiles podemos nosotros sacar de las costumbres y usos bizarros de un pueblo civilizado?

B.—Veo que en el momento que cualesquiera causas físicas, tales, por ejemplo, como la necesidad de vencer la ingratitud de uno solo, pusieran en juego la sagacidad del hombre, ese lance lo conduce mucho más lejos de lo que se propone y que pasado el término de la necesidad, somos conducidos para el océano sin límites de las fantasías, de donde nunca más nos podemos separar.

¡Puede el feliz otaitiano quedarse en el punto en que se halla!

Veo que a no ser en ese rincón apartado de nues-

tro globo, nunca hubo esas costumbres ni esa moral en parte alguna, y nunca las habrá tal vez.

A.—¿Qué entiendes, pues, por costumbres?

B.—Entiendo una misión general y una conducta consecuente a leyes cualesquiera, buenas o malas.

Si las leyes son buenas, las costumbres son buenas; si las leyes son malas, las costumbres son malas; si las leyes buenas o malas no fueran observadas, que es la peor condición posible de una sociedad, entonces no hay costumbres ni moral.

Ahora, ¿cómo queréis que las leyes sean observadas cuando ellas se contradicen?

Recorred la historia de los siglos y de las naciones tanto antiguas como modernas, y hallaréis a los hombres sujetos a tres códigos, el código de la naturaleza, el código civil y el código religioso, y obligados a infringir alternativamente esos tres códigos, que nunca estuvieron de acuerdo, de donde resultó que nunca hubo en país alguno como Orú adivinó en nosotros, ni hombres, ni ciudadanos, ni religiosos.

A.—De donde concluiréis, sin duda, que fundando la moral sobre las relaciones eternas que subsisten entre los hombres, la ley religiosa se torna tal vez superflua, y que la ley civil, no debe ser sino la enunciación espontánea de la ley de la naturaleza.

B.—Esto bajo pena de multiplicar los malos en lugar de hacerlos buenos.

A.—O que si se hallare necesario conservar los tres, es menester que los dos últimos no sean sino

reproducciones rigurosas del primero, que hallamos grabado en el fondo de nuestros corazones, y que siempre será el más fuerte.

B.—Eso no es exacto. Al nacer no traemos sino una semejanza de organización con otros seres; las mismas necesidades; atracción para los mismos placeres, aversión común por las mismas penas es lo que constituye el hombre, lo que él es y sobre lo que debe fundar la moral que le conviene.

A.—Eso no es fácil.

B.—Eso es tan difícil que yo creo de buen grado que el más salvaje de los pueblos, el otaitiano, que no hizo sino aprender escrupulosamente la ley de la naturaleza, está más próximo de una buena legislación que cualquier pueblo civilizado.

A.—Porque le es más fácil deshacerse de su exceso de rusticidad que a nosotros volver sobre nuestros pasos y reformar nuestros abusos.

B.—Sobre todo aquello que se refiere a la unión del hombre y de la mujer.

A.—Eso puede ser. Pero comencemos por el principio.

Interroguemos simplemente a la naturaleza y veamos sin parcialidad lo que ella nos responde en eso.

B.—Consiento en eso.

A.—¿Encuéntrase el casamiento en la naturaleza?

B.—Si entendiereis por eso la preferencia que una hembra concede a un macho sobre los otros machos, o la que da un macho a una hembra so-

bre las otras hembras: preferencia natural en consecuencia de la cual se forma una unión más o menos durable que perpetúa la especie por la reproducción de los individuos: si casamiento es eso, entonces el casamiento se halla en la naturaleza.

A.—Pienso como vos; porque esa preferencia se nota, no sólo en la especie humana, sino más todavía en las otras especies de animales; pruébalo un numeroso cortejo de machos que siguen a una misma hembra en la época del celo y de los cuales uno solo obtiene el título de marido.

¿Y la galantería?

B.—Si entendéis como galantería esa variedad de medios enérgicos o delicados que la pasión inspira, bien al macho, bien a la hembra, para obtener esa preferencia que conduce al más dulce, al más importante y al más general de los placeres, en ese caso la galantería se halla en la naturaleza.

A.—Pienso como vos.

Prueba esa diversidad de gentilezas practicadas por el macho para agradar a la hembra, y por la hembra para exitar la pasión y fijar el gusto del macho.

¿Y la coquetería?

B.—Es una mentira que consiste en simular una pasión que no se siente, y en prometer una preferencia que no será concedida.

El macho coquetón o vanidoso se burla de la hembra.

La hembra coqueta juega con el macho; juego pérfido que determina algunas veces las más funestas catástrofes; manejo ridículo por el que engañado y engañador son igualmente castigados por la pérdida de los más preciosos instantes de la vida.

A.—Así, según vuestro modo de ver, la coquetería no se halla en la naturaleza.

B.—No digo eso.

A.—Y sobre eso de la constancia nada os diré mejor de lo que dice Orú al capellán.

Pobre vanidad de dos criaturas que se desconocen entre sí y a quienes la embriaguez de un momento ciega sobre la inestabilidad de todo aquello que las rodea.

¿Y la fidelidad, ese raro fenómeno?

B.—Casi siempre la testarudez y el suplicio del hombre honesto y de la mujer honesta en nuestras regiones es una quimera en Otaití.

A.—¿Y los celos?

B.—Pasión de un animal indigente y avaro que teme le fallen sus cálculos y perder su presa; sentimiento injusto del hombre, consecuencia de nuestras malas costumbres y de un derecho de propiedad aplicado a un objeto que siente, piensa, quiere y es libre por su propia naturaleza.

A.—¿Por lo que dices tampoco hay en la naturaleza celos?

B.—No digo eso. Vicios y virtudes, todo se halla en la naturaleza igualmente.

A.—¿El celoso es sombrío?

B.—Como el tirano, porque tiene conciencia del ser.

A.—¿Y el pudor?

B.—Mas, ¿me inducís de esta forma para un curcurso de moral galante?

El hombre no quiere ser ni perturbado, ni distraído en sus placeres.

Los del amor son seguidos de una languidez a la que él se abandonaría a merced de su enemigo, y es todo lo que puede haber de natural en el pudor; el resto es estatuído por la enseñanza.

El capellán nota en un tercer capítulo que no os leí, que el otaitiano no se ruboriza por los movimientos involuntarios que se producen en él al lado de su mujer, en medio de sus hijas, y que éstas son de eso espectadoras, algunas veces conminadas, jamás avergonzadas.

Luego que la mujer tornóse propiedad del hombre y que el placer furtivo de una doncella fué considerado un robo, nacieron las palabras «pudor», «recato», «decoro», virtudes y vicios imaginarios, en una palabra, barreras entre los dos sexos que les impiden invitarse recíprocamente a la violación de las leyes, que les han sido impuestos y que producirán muchas veces un efecto contrario excitando la imaginación o imitando los deseos.

Cuando yo veo árboles plantados en torno de nuestros palacios y un vestido descotado que aprisiona y muestra una parte de los senos de una mujer, me parece reconocer un secreto retorno hacia la

floresta y un llamado secreto a la primitiva libertad de nuestra antigua morada.

El otaitiano nos diría:

«¿Por qué te escondes? ¿De qué te avergüenzas? ¿Por ventura cometes algún daño cuando cedes al impulso más augusto de la naturaleza? Hombre, preséntate francamente si te agradare alguna. Mujer, si este hombre te conviene recíbelo con la misma franqueza.»

A.—No os enojéis.

Si comenzamos como hombres civilizados es raro que no acabemos por imitar al otaitiano.

B.—Sí, esos preliminares de convicción consumen la mitad de la vida de un hombre de genio.

A.—De acuerdo; mas, ¿qué importa si ese lance pernicioso de espíritu humano, que tanto recriminasteis hace un momento queda tanto más purificado?

Un filósofo moderno interrogado por qué los hombres hacían la corte a las mujeres y no las mujeres a los hombres, respondió que era natural pedir a quien podía siempre conceder.

B.—Esta razón siempre me pareció más ingeniosa que sólida.

La naturaleza indecente, si así nos es permitido llamarla, impele indistintamente un sexo hacia otro; es un estado del hombre bruto salvaje que se concibe, pero que no existe tal vez en parte alguna...

A.—¿Ni siquiera en Otaití?

B.—No...; el intervalo que separa a un hombre de una mujer sería transpuesto por el más amoroso.

Si ellos se esperan, si se invitan, si se persiguen, si se huyen, si se atacan, si se defienden es que la pasión desigual en sus progresos no se aplica en ambos con la misma intensidad, de donde resulta que la voluptuosidad se expande, se consume y se extingue de un lado cuando apenas comienza a surgir del otro lo que a uno y a otro entristece.

Es la imagen fiel de lo que pasaría entre dos seres jóvenes, libres y perfectamente inocentes.

Mas cuando la mujer conoce por la experiencia o por la educación las consecuencias más o menos crueles de un dulce momento, su corazón es estremece a la aproximación del hombre.

El corazón del hombre no tiembla, sin embargo sus sentidos mandan y él obedece.

Los sentidos de la mujer le hablan y ella teme escucharlos.

Cabe al hombre distraerla de sus recelos, embriagarla y seducirla.

El hombre conserva todo su impulso natural por la mujer; el impulso de la mujer por el hombre diría un geómetra que está en razón directa de la pasión y en razón inversa del temor, razón que se complica con una multitud de elementos que contribuyen casi todos para hacer creer la pusilanimidad de un sexo y la duración de la persecución del otro.

Es una especie de táctica en que los recursos de la defensa y los medios del ataque caminan sobre la misma línea.

Conságrase de esa forma la resistencia de la mujer, se aplica también convencionalmente la igno-

rancia a la violencia del hombre, violencia que no sería sino una leve ofensa en Otaití, pero que se torna en crimen en nuestras ciudades.

A.—Más, ¿cómo fué posible que un acto cuyo fin es tan solemne y para el cual la naturaleza nos invita por el más potente atractivo; cómo fué posible que el mayor, el más dulce, el más inocente de los placeres se haya convertido en el origen más fecundo de nuestra depravación y de nuestros males?

B.—Orú lo dijo al capellán dos veces; escuchadlo, pues, y procurad retener lo que él dice:

«Fué por la tiranía del hombre, el cual convirtió la posesión de la mujer en una propiedad.

Fué por las costumbres y por los usos que sobrecargaron de condiciones la unión conyugal.

Por las leyes civiles que sujetaron el casamiento a una infinidad de formalidades.

Por la naturaleza de nuestra sociedad, donde la diversidad de fortunas y jerarquías instituyen conveniencias e inconveniencias.

Por una contradicción bizarra y común a todas las sociedades subsistentes, donde el nacimiento de una criatura siempre considerada como un aumento de riqueza para la nación, es la más de las veces considerado como el aumento de la indigencia de una familia.

Por las vistas políticas de los soberanos que todo lo hacen por su propio interés y la seguridad propia.

Por causa, en fin, de las instituciones religiosas que aplicaron los nombres de vicios y de virtudes a las acciones que no eran susceptibles de ninguna moralidad.

¡Cuán lejos estamos nosotros de la naturaleza y de la ventura!

El imperio de la naturaleza no puede ser destruído; en vano será contrariado por obstáculos, él triunfará siempre.

Escribid cuanto queráis sobre tablas de bronce, para servirme de la frase de Marco Aurelio, que la satisfacción de los instintos es un crimen; el corazón del hombre quedará triste y dudando entre la amenaza de vuestra inscripción y la violencia de sus pasiones.

Pero ese corazón rebelde no cesará de reclamar, y, cien veces en curso de la vida, vuestros caracteres aterradores desaparecerán a vuestros ojos.

Grabad sobre el mármol:

«Tú no cometerás promiscuidad; tú no conocerás sino tu mujer; tú no serás el marido de tu hermana», y no os olvidéis de anotar los castigos en proporción a la extravagancia de vuestras prohibiciones; vos os tornaréis feroz, pero jamás conseguiréis desnaturalizarnos.

A.—¡Que corto sería el código de las naciones si nosotros lo conformásemos rigurosamente a la naturaleza!

¡Cuántos errores y vicios economizados al hombre!

B.—¿Queréis saber la historia abreviada de casi todas nuestras miserias?

Hela aquí:

Existía un hombre natural; introdújose en ese hombre otro hombre artificial y en la caverna surgió desde entoces una guerra civil que dura toda la vida.

Ocurre que el hombre natural es más fuerte, ocurre que se ve derribado por el hombre moral y artificial, y en uno y otro caso, el triste monstruo es empujado, atenazado, atormentado, extendido sobre la rueda, gimiendo sin cesar y sin cesar infeliz, ya por un falso testimonio de gloria, el transporte y la embriaguez ya por una falta ignominia que al fin lo abate.

Entre tanto hay circustancias extremas que reconducen al hombre y su primera sencillez.

A.—La miseria y la enfermedad son dos grandes exorcistas.

B.—Vos los nombrasteis.

Con efecto, veamos a qué se reducen entonces todas las virtudes convencionales.

En la miseria, el hombre queda sin remordimientos y en el parto la mujer no tiene pudor.

A.—Ya lo tengo observado.

B. Mas otro fenómeno que no se os habrá escapado tampoco, es que el retorno del hombre artificial y moral sigue paso a paso los progresos del estado de enfermedad al estado de convalecencia y del estado de convalecencia al estado de salud.

El momento en que la enfermedad cesa es aquel

en que la guerra intestina recomienza, y casi siempre con desventaja para el intruso.

A.—Es verdad.

Yo mismo ya experimenté que el hombre natural tenía en la convalecencia un vigor funesto para el hombre artificial y moral.

Pero, en fin, decidme, ¿conviene civilizar al hombre o abandonarlo a su propio instinto?

B.—¿Deberé responderos sin ambajes?

A.—¡Sin duda!

B.—Si pretendiese haceros su tirano, civilizadlo, empequeñecedlo del mejor modo que pudiereis con una moral contraria a la naturaleza; creadle embarazos de toda especie; impedid sus movimientos con mil obstáculos; presentadle fantasmas que lo aterren; eternizad la guerra en la caverna y que el hombre natural sea arrastrado bajo los pies del hombre moral.

¿Lo queréis feliz y libre? No os entrometáis en sus negocios; numerosos incidentes imprevistos lo conducirán a la luz y a la depravación y entonces quedaréis para siempre convencido de que no es por vuestra causa sino por su egoísmo propio que esos sabios legisladores los amoldaron y retocaron de la forma que están.

Apelo a todas las instituciones políticas, civiles y religiosas; examinadlas profundamente, y mucho me engaño o veréis en ellas la especie humana doblegada de siglo en siglo al yugo de un puñado de bellacos que osáronle imponer.

Desconfiad de quien quiera reglamentar o poner en orden.

Regularizar es siempre volverse al señor de los otros sometiéndolos y oprimiendo; y los calabreses son casi los únicos hombres a quienes la labia de los legisladores todavía no se impuso.

A.—¿Y esa anarquía de la Calabria os place?

B.—Apelo a la experiencia y apuesto que la barbarie de ellos es menos viciosa que nuestra urbanidad.

¡Cuántas pequeñas acciones deshonrosas compensan aquí la atrocidad de algunos grandes crímenes de allá, de los cuales se hace tanto barullo!

Yo considero los hombres no civilizados como una multitud de moles esparcidas y aisladas.

Sin duda que si aconteciere a algunas de esas moles chocar una con otra, ambas se quebrarían lo mismo.

Para obviar ese inconveniente, un individuo de una sabiduría profunda y de un genio sublime, reunió todas esas moles y comparó con ellas una máquina, en esa máquina llamada sociedad; todas las moles fueron transformadas en agentes obrando unas sobre las otras, siempre fatigadas, quebrándose de esa manera mayor número de ellas en un día bajo el estado de la legislación, de las que se quebraban en un año bajo la anarquía de la naturaleza.

Mas, ¡qué fracaso! ¡Cuánto estrago! ¡Qué enorme destrucción de pequeñas moles, cuando dos, tres,

cuatro de esas enormes máquinas vinieran a chocar con violencia!

A.—Así, pues, ¿preferís el estado natural o salvaje?

B.—Palabra que lo prefiero; yo sé que muchas veces se ha visto al hombre de las ciudades desnudarse y volver al campo, y nunca se vió al hombre de campo adornarse por su libre voluntad y establecerse en las ciudades.

A.—Muchas veces hame surgido la idea que la suma de los bienes y de los males era variable para cada individuo; pero que la felicidad o la desgracia de una especie animal cualquiera, tenía su límite, que no podía transponer y que tal vez vuestros esfuerzos nos diesen en último resultado tantos inconvenientes como ventajas, de suerte que nos veíamos bien atormentados por hacer crecer los dos términos de una ecuación entre las cuales subsistía entre tanto una eterna y necesaria identidad.

Entre tanto yo no dudo de que la vida media del hombre civilizado sea menor que la vida media del hombre salvaje.

B.—Y si la duración de una máquina no fuere una justa medida de su mayor o menor grado de fatiga, ¿qué concluís de ahí?

A.—Yo veo que, a fin de cuentas, os inclináis a creer a los hombres tanto más depravados y tanto más infelices cuanto más civilizados fueren.

B.—Yo no recorrí todos los países del universo, mas os advierto que no encontraréis la condición

del hombre feliz sino en Otaití, y soportable sino en un rincón de Europa.

En éste los dominadores sombríos y recelosos de su seguridad ocupáronse en conservar al hombre en lo que llamáis el embrutecimiento (1).

A.—¿En Venecia tal vez?

B.—En Venecia.

No negaréis, por lo menos, que no hay en parte alguna menos luces adquiridas, menos moral artificial y menos vicios y virtudes quiméricas.

A.—Yo no esperaba el elogio de ese gobierno.

B.—No es eso lo que hago.

Os indico apenas una especie de comparación del servilismo que todos los viajeros han reconocido.

A.—¡Pobre compensación!

B.—Puede ser. Los griegos proscribieron a aquel que pusiera una cuerda a la lira de Mercurio.

A.—Esa prohibición era una sátira sangrienta a sus primeros legisladores.

Era la primera cuerda que era preciso cortar.

B.—Me comprendisteis. En todas partes donde hay lira hay cuerdas.

En cuanto a los apetitos naturales fueron sofisticados; contad con mujeres perversas.

A.—Como La Reyner.

B.—Y con hombres atroces.

A.—Como Gardeil.

---

(1) Ténga presente que esta obra fué escrita a fines del siglo XVIII.

B.—Y con infelices por causa de niñerías.

A.—Como Janie, señorita de la Chaux, el caballero Desroches y señora de la Carliére (1).

Es cierto que se buscarían inútilmente en Otaití ejemplos de depravación como las dos primeras personas nombradas, y de desgracia como las tres últimas.

Pero ¿qué haremos entonces? ¿Volveremos a la naturaleza o nos opondremos a sus leyes?

B.—Hablaremos contra las leyes insensatas hasta que se reformen, mas en cuanto sea posible nos someteremos a ellas.

Aquel que por su autoridad privada infringe una ley mala autoriza a otro cualquiera a infringir las buenas. Hay menos inconvenientes en ser loco entre locos que en ser sensato aislado.

Tratemos de darnos el siguiente consejo; gritemos sin cesar que se liguen la vergüenza, el castigo y la ignorancia a acciones inocentes en sí mismas, no las cometamos, sin embargo, porque la vergüenza, el castigo y la ignorancia son los mayores de todos los males.

Imitemos al buen capellán, monje de Francia, y salvaje en Otaití.

A.—Tomar las costumbres del país donde se va y guardar las del país de donde se procede.

B.—Y, sobre todo, ser honesto y sincero hasta

---

(1) Personajes de los «Cuentos» de Diderot.

el escrúpulo con seres frágiles que no pueden hacer nuestra felicidad sin renunciar a las ventajas más preciosas de nuestras sociedades.

Y esa cerrazón espesa, ¿qué se hizo?

A.—Desapareció.

B.—Y nosotros todavía esta tarde podemos salir o quedarnos.

A.—Eso creo que dependerá más de nuestras esposas que de nosotros.

B.—¡Siempre las mujeres!

No se puede dar un paso sin encontrarlas en el camino.

A.—¿Y si nosotros las leyéramos el diálogo entre el capellán y Orú?

B.—¿Y qué pensarían del cuento?

A.—No sé.

B.—Tal vez lo contrario de lo que las dijese.

FIN

ARQUIVO CHAMOSO LAMAS

Ediciones de la
Comisión de Propaganda
Confederal y Anarquista,
Reforma Agraria, 20
M A D R I D